
Oficio de difuntos. Un breve ensayo sobre Gabriel García Márquez

El célebre escritor colombiano murió el pasado 17 de abril en Jueves Santo, igual que Úrsula Iguarán en Cien años de soledad, tras haber cumplido 87 años.

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

En casi toda la obra narrativa de Gabriel García Márquez, al comienzo del relato, nos encontremos frente a alguien que acaba de morir o que encara la muerte inminente. Un famoso general emprende su último viaje; un coronel repasa el sueño de su larga vida frente al pelotón de fusilamiento; los gallinazos revolotean ávidos por el palacio otoñal del patriarca; un desenterrador mide la longitud del pelo de una niña; se anuncia que un joven inocente será apuñalado como un marrano; un cuerpo se pudre en una casa cerrada o alguien aspira el olor a almendras amargas de los deses-

perados. La última ilusión de la literatura consiste en resucitar a los muertos. Por eso algo que dijo alguna vez García Márquez (“lo que me interesaba del personaje no era su vida sino su muerte”), podría ser la clave de buena parte de su obra narrativa: de cierta manera, esta es un alegre oficio de difuntos, un intento amoroso de resurrección y, en últimas, una serie de largos obituarios.

Ahora que el muerto es él, el gran escritor colombiano, nos toca aquí empezar también con el relato de su propia muerte. Porque, ¿cuándo se muere realmente una persona, y más aún, un escritor? Según la medicina tradicional uno se muere cuando deja de respirar. En ese sentido, Gabriel García Márquez murió hace poco, el pasado 17 de abril de este año 14, en Jueves Santo, igual que Úrsula Iguarán en *Cien años de soledad*, y poco después de haber cumplido 87 años. Pero si un escritor se muere cuando deja de escribir, García Márquez murió a finales del año 2006, cuando invitó a comer al grupo más íntimo de sus amigos para contarles que no pensaba escribir ni una palabra más. Ahora bien, si una persona deja de ser cuando su mente y su conciencia lo abandonan, podemos decir que el alma de García Márquez venía escapándose de su cuerpo desde hace al menos un lustro, poco a poco, como si hubiera querido despedirse de la vida con disimulo, sin que nos diéramos cuenta de que se iba yendo, y casi convertido en uno de esos personajes suyos que van quedándose solos, mudos y sin memoria, a la sombra de un árbol centenario. Pero, por último, si un escritor se muere cuando ya no es leído, entonces estoy dispuesto a hacer una apuesta: García Márquez seguirá vivo muchos años, mientras haya lectores de novelas, y mientras siga habiendo gente que crea en la literatura, que encuentre sabiduría y felicidad en ella, en las historias bien contadas, en la maravilla de las palabras escritas. Gabriel García Márquez vivirá en su obra mientras haya lectores y mientras haya quienes sepan apreciar la fluidez hipnótica de su prosa.

Hay que admitir, sin embargo, que este concepto sobre su escritura no ha sido unánime en los últimos años, y que hay muchos

lectores, escritores y críticos, en especial colombianos, pero también de todo el ámbito de la lengua, que manifiestan su hartazgo e incluso su desprecio por el estilo de García Márquez, y más todavía por la mayor debilidad vital que tuvo en su vida pública, que fue la cercanía con muchos hombres políticos, y en especial con el viejo dictador cubano, Fidel Castro. Cuando los escritores colombianos (y no pocos extranjeros) quieren decir algo que de cualquier manera los hará salir en las páginas de los periódicos, o de Twitter, no dudan en decir un exabrupto contra García Márquez. Antes vivo, y ahora muerto, es igual. Todos parecen contagiados por una peste que domina a nuestro país desde los años de la Independencia: el ánimo pendenciero y la tendencia a partirse siempre en bandos opuestos e irreconciliables. También frente a García Márquez sucede lo mismo y entre nosotros hay una división radical entre Gabólatras y Gabófobos, como si en mi país no hubiera un espacio razonable para el análisis, de modo que este pueda situarse por fuera de la idolatría o el insulto.

Alfonso Reyes, al final de *La experiencia literaria*, y el mismo García Márquez al promediar el primer (y quizá ya único) tomo de sus memorias, recuerdan una polémica que hubo en Colombia a mediados del siglo XX. Podríamos llamarla con el título que le dio el poeta Eduardo Carranza a su intervención en la misma: “Un caso de bardolatría”. Se trataba de definir si Guillermo Valencia (un poeta que, casi seguramente, será recordado por muy pocos en España) era el mayor poeta de Colombia, tan grande como Dante y como Lucrecio, como afirmaba el crítico Sanín Cano, o si en cambio, como pensaba Carranza, se trataba “apenas de un buen poeta” que había encorsetado la poesía colombiana con su gélido parnasianismo. El comentario de Reyes es elegante, como siempre:

“En el artículo de Carranza encuentro aquella sinceridad y bravura juveniles y hasta aquel matiz de heroica injusticia que es prenda de las verdaderas vocaciones espirituales en los años felices. Todos fuimos

jóvenes, y yo suelo buscar en los arrebatos de la ajena juventud un poco del calor que ya ha comenzado a negárseme”.

Y unos párrafos más adelante el mexicano concluía sin apasionamiento:

“Cuando un sistema de expresiones se gasta por el simple curso del tiempo y no porque carezca en sí mismo de calidad intrínseca, lo más que podemos decir es: ‘Lo que emocionó a los hombres de ayer, porque para ellos fue invención y sorpresa, a mí ya no me dice nada. He absorbido de tal forma ese alimento, que se me confunde con las cosas obvias. Agradezco a los que me alimentaron y continúo mi camino en busca de nuevas conquistas’. Pero en manera alguna tendremos derecho de negar el valor real, ya inamovible en el tiempo y en la verdad poética, que tales obras o expresiones han representado y representan, puesto que en el orden del espíritu siempre *es lo que ha sido*”.

Con García Márquez es difícil no caer en la bardolatría que padeció Sanín Cano ante a la obra de Valencia, pero en el caso del novelista de Aracataca, me parece, con más sobrados motivos. Difícil no ser Gabóltra porque aunque sea cierto que su sombra ha opacado a algunos grandes representantes de la novela colombiana de la segunda mitad del siglo XX (Mejía Vallejo y Eduardo Caballero Calderón, por citar solo dos), esa sombra espesa no la proyecta porque lo hayamos encaramado en un pedestal inmerecido, sino porque se funda en su capacidad asombrosa de contar nuestra realidad y nuestra historia con una gracia y un encanto que parecen sobrenaturales. No me cabe la menor duda de que nunca nadie en los siglos “de este país que nos tocó en la rifa del mundo” ha sido capaz de expresar de un modo tan entrañable, tan poético, tan risueño y conmovedor al mismo tiempo, nuestra manera de ser.

Pero hay algo más, que es quizá el terreno que pisan los gabófbos cuando atacan a García Márquez: el país ha cambiado, tal vez para peor, y las nostalgias que han gobernado esa obra inmensa e inimitable, para las nuevas generaciones ya no tienen la misma resonancia mítica. El mundo es otro, nuestras infancias son otras, y algunas recetas del realismo mágico se han desgastado, no por

obra de su máximo creador (que sobrevivió a esas fórmulas y logró superarlas), sino por el cansancio que producen sus peores y muy numerosos epígonos. El arma maravillosa de la exageración (abusada y desgastada por otros) produce ya en algunos la indiferencia del acostumbramiento. Y así como a veces Borges parecía imitarse a sí mismo, también hay páginas de García Márquez que están hechas con su misma técnica impecable pero sin la sangre y la médula vital que las habitaba al principio.

Es posible que la sensibilidad actual soporte mal ciertos excesos e hipérbolos del realismo mágico, así como nos parecen cursis ciertas frases de las novelas románticas, eternas las sagas realistas o desmesuradas las hazañas de los libros de caballería. Las modas pasan, las sensibilidades cambian. Pero hay que advertir que las exageraciones de esta escuela no se deben tanto a García Márquez como a sus imitadores, que son legión, tanto en el ámbito de nuestra lengua como en otras literaturas. Decía Lichtenberg que lo malo de los libros realmente buenos es que suelen dar origen a muchos otros libros malos y mediocres. Muchos de quienes se hastiaron del realismo mágico –un hastío que muchos hemos compartido– han sido muy injustos con el más grande exponente este género literario. No han juzgado a García Márquez después de releer sus obras, grandiosas y convincentes en sí mismas, sino por esa sopa recalentada que han sido y siguen siendo los libros de sus epígonos. Que los imitadores hayan desgastado ciertos recursos estilísticos suyos, hasta llevarlos al límite de la un empalago nauseabundo, no quiere decir que estos, en manos de su creador original, no hayan sido magníficos cuando se leyeron por primera vez. Lo que fue maravilla y descubrimiento, quedó arruinado por los plagarios de pacotilla, pero esa moneda hoy falsificada por tantos, tuvo curso legal y era de oro de buena ley.

No puedo no ampliar el tema más antipático y molesto en el que muchos se explayan cuando hacen su diatriba de García Márquez: la política y la triste cercanía del autor con presidentes y personas poderosas. Así como a muchos escritores españoles no se les per-

donará su cercanía con Franco, y difícilmente su obra es siquiera leída por este pecado político, del mismo modo como a Jorge Luis Borges no se le excusará nunca que haya recibido una medalla del dictador Pinochet, así mismo a García Márquez tampoco le perdonarán que haya recibido una casa del dictador Fidel Castro, o aún peor, que se haya convertido con los años en un íntimo amigo suyo. Esta fascinación por el poder ha sido, sin duda, una de las debilidades del carácter de García Márquez. Gracias a este embeleso, sin embargo, y a su conocimiento directo de los dictadores, existe una novela grandiosa como *El otoño del patriarca*. Pero ese mismo embeleso lo llevó a cometer disimulos de silencio ante salvajadas que no podían negarse, aunque también a ayudar con su discreta influencia a que ciertas barbaridades dejaran de llevarse a cabo. Muchos grandes escritores no han sido hombres perfectos, y solo podría decirse, para evitar ensañarse con esta faceta suya, que quienes la recalcan en Colombia son personas como Fernando Vallejo, que ha hecho elogios públicos de los paramilitares colombianos –asesinos en serie– sin que le tiemble la voz, o como intelectuales incondicionales con la política exterior de Estados Unidos. Un amigo o partidario de Bush, genocida en el Medio Oriente, no ha caído menos bajo que un partidario de Castro. Lo cual no justifica a ninguno de ellos.

Yo tuve la inmensa suerte de que en el colegio confesional donde estudié mi bachillerato (en los años setenta), el escritor costeño estuviera prohibido por procaz y por comunista. En sus novelas, los personajes se acostaban con putas o con vírgenes; y en la vida real, la persona de García Márquez era un entusiasta temprano (como la mayoría de los intelectuales de esa época) de la revolución cubana. En mi casa, en cambio, se le consideraba un mago que podía y debía leerse a la luz del día. Devoré *Cien años de soledad* y todas sus otras novelas de entonces con la triple

bendición contradictoria de no estar cumpliendo con una tarea escolar, de cometer un pecado y de complacer a mis padres, que incluso nos lo leían a los hijos en voz alta. Ahora García Márquez tiene la dudosa suerte de ser un clásico recién fallecido, y de que sus libros ya no se prohíban sino que se receten en las mismas cucharadas con que a los escolares les formulan cantos de Homero y capítulos de *El Quijote*. Así es fácil llegar a ser más venerado que leído, y más fácil aún levantar aplausos cuando los gabóforos toman impulso para la diatriba y el insulto. La iconoclastia es siempre bienvenida.

Releídos sus libros ahora, tras su muerte, la mayoría de ellos han envejecido bien, y aguantan con felicidad y asombro la relectura. Lo he hecho en estas semanas, y no tengo dudas. Cuando alguien tiene un instinto mucho más agudo que la suma de los cinco sentidos, y cuando a ese instinto se une una intuición poética pasmosa y un profundo conocimiento del corazón humano, no es raro que al dueño de tantos atributos se le asigne también el don de la adivinación y de la profecía. La abuela de García Márquez decía que su nieto, Gabito, era adivino. De adivino a divino hay solo una vocal de distancia. No hay que dar ese paso: García Márquez fue y seguirá siendo un gran escritor de este mundo. Escribió novelas inmensas que, si el español sobrevive (esta es mi apuesta) se seguirán leyendo en los próximos siglos. Pedir más es imposible, y decir más es pecar de idolatría.

Como ejemplo de vocación y disciplina, de amor a un oficio y al mismo tiempo como modelo de una vida plena y con sentido, los escritores colombianos no podemos contar con uno mejor. Como narrador ha sido capaz de “hacer la realidad más divertida y comprensible,” lo que para nosotros sus lectores es una dicha y para sus colegas un gran reto. Más que un gran colombiano, es un gigante de la literatura de todos los tiempos, que le demostró al mundo que también en nuestro potrero tropical se pueden dar grandes obras de literatura. Ojalá sus coterráneos seamos capaces, no de insultarlo ni de convertirlo en un dios, no de e ncar-

marnos sobre sus hombros para intentar ver más lejos (porque en la literatura no hay progreso), no de imitarlo usando como bastón sus invenciones, sino de seguir adelante por nuestro propio camino, no emulando su estilo sino su vitalidad, su amor por el arte y su confianza en que la literatura sigue siendo una herramienta maravillosa para “desembrujar los secretos del mundo”.



HÉCTOR ABAD FACIOLINCE ES ESCRITOR COLOMBIANO.